

27 de septiembre de 2026 – 26.º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo A)

Ez 18,25–28; Flp 2,1–11 (o 2,1–5); Mt 21,28–32

INTRODUCCIÓN

Había una vez una maestra que entregó a sus alumnos una hoja de papel con un pequeño punto negro en el centro y les pidió que describieran lo que veían. Casi todos hablaron del punto negro. Nadie mencionó el gran espacio blanco que lo rodeaba. La maestra sonrió y dijo: «Así es como muchas veces miramos la vida. Nos fijamos en los fracasos y olvidamos el espacio mucho más grande de la gracia y de las posibilidades».

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de dos hijos: uno que primero dice «no», pero después cambia de opinión; y otro que dice «sí», pero nunca cumple lo que prometió. El Señor nos recuerda que lo más importante no es simplemente lo que decimos, sino la dirección hacia la que se mueve nuestro corazón. Dios nunca se da por vencido con nosotros. Continúa llamándonos para pasar del «no» al «sí», del egoísmo al amor, del orgullo a la humildad.

San Pablo, en la segunda lectura, nos señala a Cristo mismo, cuya vida entera fue un fiel «sí» al Padre. Jesús se vació de sí mismo en humildad y obediencia, hasta aceptar la muerte en la cruz. Nosotros somos invitados a tener los mismos sentimientos y la misma actitud de Cristo.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que nuestras palabras y nuestras acciones no han coincidido, cuando hemos resistido la llamada de Dios o hemos retrasado nuestra respuesta a su gracia. Pidamos al Señor que transforme nuestros corazones indecisos en corazones generosos y fieles discípulos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nunca te cansas de llamar a los pecadores para que vuelvan a la viña del Padre:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos mostraste la obediencia y la humildad perfectas al cumplir la voluntad del Padre:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos conduces pacientemente del «no» al «sí» y nos modelas a tu imagen: **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nunca deja de llamarnos de nuevo cuando nos alejamos de él, perdone nuestros pecados, nos fortalezca para seguir a Cristo con mayor fidelidad y nos lleve a la vida eterna. **Amén.**

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios es paciente con nuestra debilidad, rico en misericordia y siempre dispuesto a acoger al corazón arrepentido, elevemos ahora nuestras voces en alabanza y cantemos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia es más grande que nuestros fracasos y cuya paciencia nos conduce siempre a la conversión, enséñanos a seguir el ejemplo de tu Hijo, para que nuestras palabras y nuestras acciones reflejen la mente y el corazón de Cristo.

Ayúdanos a volver a ti cada día con sinceridad, humildad y amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA: “*Del No al Sí: Vivir con los Sentimientos de Cristo*”

Un joven estudiante de violín participó una vez en un concierto escolar. Tocó muy mal. Algunas notas chirriaban, el ritmo era irregular y, a mitad de la presentación, quiso detenerse. Cuando finalmente terminó, avergonzado y casi al borde de las lágrimas, bajó la mirada hacia el suelo. Entonces escuchó aplausos. Al levantar la vista, vio que solo una persona estaba de pie aplaudiendo con entusiasmo: su profesor. Más tarde, el maestro le dijo: «Todavía no has llegado a donde debes llegar, pero yo sé en quién puedes convertirte».

Así es como Dios nos mira. Dios no ve solamente dónde estamos ahora, sino también aquello en lo que podemos

llegar a convertirnos. No se da por vencido con nosotros por un mal comienzo, una respuesta débil o incluso por fracasos repetidos. Sigue llamándonos hacia la persona que estamos destinados a ser.

El Evangelio de hoy trata precisamente de ese camino: del «no» al «sí». Jesús cuenta la sencilla historia de dos hijos. El padre le dice al primero: «Ve a trabajar a la viña». El hijo responde claramente: «No quiero». Sin embargo, más tarde cambia de parecer y va. El segundo hijo responde cortésmente: «Sí, señor», pero nunca va.

Al final, Jesús pregunta: «¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?». La respuesta es evidente. No fue el que pronunció las palabras más bonitas, sino el que finalmente actuó según el deseo de su padre.

Existe un antiguo dicho: «Las acciones hablan más fuerte que las palabras». Sabemos cuán cierto es esto. Alguien promete ayudarnos, pero nunca aparece. Otra persona puede parecer brusca o dudosa al principio, pero al final está presente cuando realmente la necesitamos.

Jesús sorprende a sus oyentes al aplicar esta parábola a los dirigentes religiosos. Les dice a los sumos sacerdotes y a los ancianos que los publicanos y las prostitutas entran antes que ellos en el Reino de Dios. ¿Por qué? Porque los pecadores que antes habían dicho «no» a Dios estaban cambiando su corazón, mientras que los dirigentes religiosos seguían diciendo «sí» con los labios y «no» con la vida.

Si estas palabras no estuvieran en el Evangelio, quizá nos parecerían demasiado duras. Imaginen decir a la élite espiritual de la sociedad: «Los pecadores entran al cielo antes que ustedes». Sin embargo, eso es exactamente lo que dice Jesús.

El Evangelio es un espejo colocado delante de nosotros. Tal vez no seamos publicanos ni prostitutas, pero ¿cuántas veces decimos «sí» a Dios exteriormente mientras interiormente lo rechazamos?

En una ceremonia de matrimonio, se pregunta a los novios: «¿Están dispuestos a asumir su responsabilidad

en la Iglesia y en el mundo?». Ellos responden: «Sí». Pero a veces ese «sí» se queda solo en una palabra.

En el bautismo, se pregunta a los padres: «¿Están dispuestos a educar a su hijo en la práctica de la fe?».

También responden: «Sí». Sin embargo, muchas veces la fe desaparece lentamente de la vida familiar.

Todos conocemos la distancia que puede existir entre las palabras y los hechos.

Pero el Evangelio no pretende desanimarnos. Quiere darnos esperanza. Jesús nos enseña que un mal comienzo no tiene por qué ser el final. Dios puede convivir con nuestro «no» inicial, siempre que poco a poco se transforme en un sincero «sí».

Una de las frases más hermosas del Evangelio de hoy es que el primer hijo «cambió de opinión». Ese es el corazón de la conversión. La palabra griega utilizada en el Evangelio sugiere un cambio interior, una transformación del corazón, un volver sobre los propios pasos.

Muchos de nosotros hemos vivido esa experiencia. Al principio rechazamos una petición porque nos parece incómoda o exigente. Más tarde reflexionamos y comprendemos que nuestra primera reacción no reflejaba lo mejor de nosotros mismos.

Un sacerdote visitó una familia antes del bautismo de su hijo. Durante la preparación, el padre declaró abiertamente: «No asistiré al bautismo. Dejé la Iglesia hace años y no puedo decir sinceramente que educaré a mi hijo en la fe». Su esposa permaneció allí con lágrimas en los ojos.

Llegó el día del bautismo. Poco después de comenzar la ceremonia, la puerta de la iglesia se abrió silenciosamente. El padre entró y se sentó junto a su esposa. Cuando el sacerdote preguntó a los padres: «¿Están dispuestos a educar a su hijo en la fe?», el hombre respondió con firmeza: «Sí».

Después de la ceremonia, la esposa volvió a llorar, pero esta vez de alegría. Más tarde, aquel hombre regresó

plenamente a la Iglesia. Decía: «Me di cuenta de que no quería ser un hipócrita delante de mi hijo».

Esa es la alegría de la conversión. El cielo entero se alegra cada vez que un «no» se convierte en un «sí».

Las lecturas de hoy nos recuerdan que Dios es paciente. Nunca deja de llamar a la puerta del corazón humano. San Agustín pasó años huyendo de Dios antes de orar finalmente: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva». San Pablo persiguió violentamente a Cristo antes de convertirse en su más grande apóstol. Pedro negó a Jesús tres veces antes de convertirse en la roca de la Iglesia.

Dios nunca nos define por nuestro peor momento.

En la segunda lectura, san Pablo nos ofrece el ejemplo más profundo de todos. Habla de Jesucristo:

«Aunque era de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo».

Pablo nos está mostrando cómo es la vida cristiana en la práctica. El cristianismo no consiste simplemente en lenguaje religioso o en observancias externas. Consiste en tener «los mismos sentimientos de Cristo Jesús».

¿Y cuáles eran los sentimientos de Cristo?

Eran humildad. Eran obediencia. Eran amor entregado. Eran decir «sí» al Padre incluso cuando ese «sí» conducía al sufrimiento y a la cruz.

Jesús es el verdadero Hijo en la liturgia de hoy: el Hijo cuya vida entera fue un completo «sí» a la voluntad del Padre.

La Carta a los Hebreos pone estas palabras en sus labios: «Aquí estoy para hacer tu voluntad». Incluso en Getsemaní, temblando en su agonía, Jesús permaneció fiel: «No se haga mi voluntad, sino la tuya».

Entonces Pablo se dirige a nosotros y nos dice: «Tengan entre ustedes los mismos sentimientos de Cristo Jesús». En otras palabras: aprendan a vivir como él.

Eso suena hermoso, pero también difícil.

¿Cómo llegamos a parecernos más a Cristo?

La respuesta es: lentamente, muchas veces de manera dolorosa, a través de las circunstancias ordinarias de la vida.

Un sacerdote rezaba con fervor pidiendo humildad. Poco tiempo después, se encontró rodeado de personas que lo criticaban constantemente. Sufrió mucho y se quejaba ante Dios. Hasta que un día comprendió: «Así es como Dios está respondiendo a mi oración. ¿Cómo podría aprender humildad si nunca soy humillado?».

A veces rezamos por paciencia, y Dios pone personas difíciles en nuestro camino. A veces rezamos por compasión, y Dios nos envía personas que sufren. A veces rezamos por una fe más profunda, y Dios permite períodos de oscuridad espiritual.

Dios nos va formando gradualmente a semejanza de Cristo.

Existe una expresión que usamos con frecuencia: «Solo somos humanos». A veces la utilizamos para justificar la mediocridad, el egoísmo, la impaciencia o la falta de compromiso.

«Sí, somos solamente humanos». Pero el Evangelio nos dice algo más grande: estamos llamados a parecernos a Cristo. Esa es nuestra vocación.

Dios confía en que podemos amar como Jesús amó. Dios confía en que podemos perdonar como Jesús perdonó. Dios confía en que podemos servir a los demás como Jesús sirvió. Dios confía en que podemos levantarnos después de cada caída.

Un adolescente se alejó mucho de la fe. Dejó de ir a la iglesia y no tenía ningún interés en confesarse. Durante la Cuaresma, su madre prácticamente lo obligó a ir a confesarse con un anciano sacerdote de la parroquia.

Fue de mala gana.

Dentro del confesionario, por primera vez, expresó todas sus dudas, frustraciones y enojos respecto a la Iglesia y a la fe. El anciano sacerdote escuchó con paciencia, bondad y cariño. No hubo condena, sino comprensión y orientación.

Cuando el muchacho regresó a casa, su rostro irradiaba alegría. Le dijo a su madre: «¿Sabes? La forma en que ese sacerdote me trató es exactamente como imagino que Jesús trataba a las personas».

Ese es el objetivo de la vida cristiana: que otros puedan mirarnos y decir: «Así habría actuado Jesús».

El Señor no nos pide perfección de la noche a la mañana. Solo nos pide que sigamos avanzando del «no» al «sí», del egoísmo al amor, del orgullo a la humildad, de las palabras vacías a las acciones fieles.

Y quizá por eso la Iglesia nos presenta este Evangelio hoy: no para condenarnos, sino para asegurarnos que nunca es demasiado tarde.

Mientras tengamos aliento, todavía hay tiempo para cambiar. Todavía hay tiempo para comenzar de nuevo. Todavía hay tiempo para decir «sí».

Permítanme terminar con otra historia. Un escultor trabajaba una vez tallando un enorme bloque de mármol. Alguien que lo observaba le preguntó: «¿Cómo sabes qué estás haciendo?».

El escultor respondió: «Ya puedo ver la figura escondida dentro de la piedra. Mi tarea consiste simplemente en quitar todo lo que no pertenece a ella». Eso es precisamente lo que Dios hace con nosotros.

Él ya ve la imagen de Cristo escondida en nuestro interior. A través de la alegría y del sufrimiento, del fracaso y de la gracia, del arrepentimiento y de la renovación, va eliminando pacientemente todo aquello que no pertenece a esa imagen.

Y un día, por su gracia, otros podrán mirarnos y decir: «La manera en que esta persona vive, habla, perdona y ama, es la manera en que Cristo mismo habría vivido».

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos en la fe de la Iglesia y confiando en el Dios que continuamente nos llama a una conversión más profunda, profesemos ahora juntos nuestra fe.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio y la ofrenda de nuestras vidas —con todas nuestras luchas, fracasos y sincero deseo de crecer en los sentimientos de Cristo— sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estos dones que te ofrecemos con corazón humilde y transfórmanos por medio de este sacrificio en personas cuyas vidas reflejen la obediencia, la humildad y el amor entregado de Cristo, tu Hijo.

Por Jesucristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu misericordia nunca abandonas a tu pueblo, sino que continuamente lo llamas para que vuelva a ti. Cuando nos alejamos de tus caminos, nos invitas nuevamente a tu viña.

Cuando nuestras palabras no se convierten en obras, nos enseñas pacientemente por medio de tu Hijo el camino de la obediencia humilde y del amor fiel. En Cristo Jesús nos has mostrado el perfecto «sí» a tu voluntad.

Aunque compartía tu gloria divina, se despojó de sí mismo para nuestra salvación y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Por su humildad somos elevados, por su fidelidad somos redimidos, y por su ejemplo aprendemos a vivir como hijos tuyos.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Dios espera pacientemente el regreso de sus hijos y nos enseña, por medio de Cristo, a confiar plenamente en él. Con confianza, oremos ahora con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de la dureza de corazón
que nos impide responder plenamente a tu llamada.
En tu misericordia, condúcenos del miedo a la confianza,
del egoísmo al amor generoso, y de las palabras vacías a
las obras fieles, para que, libres de pecado
y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos
la gloriosa Venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos enseñaste con tu vida que la verdadera paz nace de la humildad, del perdón y de la obediencia a la voluntad del Padre.
No tengas en cuenta nuestros pecados,

sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nunca deja de llamar a los pecadores a la conversión y que nos fortalece para vivir con los sentimientos de Cristo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú sabes cuántas veces nuestras palabras y nuestras acciones no coinciden.

Sin embargo, nunca dejas de llamarnos a acercarnos más a ti. En esta Eucaristía nos alimentas con tu propia vida para que, poco a poco, nuestros corazones indecisos se conviertan en corazones fieles, nuestro egoísmo se transforme en amor y nuestro «no» se convierta en un generoso «sí».

Enséñanos a vivir como tú viviste, a amar como tú amaste y a confiar en el Padre como tú confiaste en él.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor, continúe transformando nuestros corazones y nuestras mentes, para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, vivamos con mayor fidelidad según tu voluntad y demos testimonio del Evangelio mediante una vida de servicio humilde y amoroso. Por Jesucristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que pacientemente nos conduce de las tinieblas a la luz, les fortalezca para seguir a Cristo con corazón sincero.

Que les ayude cada día a transformar sus palabras en obras y su fe en acciones llenas de amor.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida que diga «sí» a Dios no solo con palabras, sino también con obras.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Dios no busca personas perfectas.

Solo pide corazones dispuestos a seguir avanzando del «no» al «sí».

28 de septiembre, 26.^a Semana del Tiempo Ordinario 2026

Job 1,6-22; Lucas 9,46-50

“La verdadera grandeza se encuentra en la humilde apertura a la obra de Dios más allá de nuestras expectativas.”

INTRODUCCIÓN

En una oficina, dos compañeros competían intensamente por un ascenso. Trabajaban más horas, intentaban impresionar a todos y, en silencio, se comparaban constantemente entre sí. Sin embargo, cuando llegó la decisión, ninguno de los dos fue elegido. En cambio, el puesto fue otorgado a un colega tranquilo cuya fortaleza consistía en ayudar a los demás a tener éxito. El director explicó sencillamente: “Él hizo mejores a los demás sin intentar ser mejor que ellos”.

La vida a menudo nos sorprende de esta manera.

Naturalmente admiramos el reconocimiento, la influencia y el control; sin embargo, Dios obra con frecuencia a través

de la humildad, la bondad escondida y el servicio silencioso. Lo que parece pequeño a los ojos humanos puede tener un gran valor ante Dios.

Las lecturas de hoy nos invitan a mirar de una manera diferente. Jesús coloca a un niño delante de sus discípulos y les enseña que la verdadera grandeza consiste en una humilde apertura a la acción de Dios, incluso más allá de nuestras expectativas. También Job es introducido en un misterio más grande de lo que puede comprender, y aun así permanece delante de Dios con confianza.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos las veces en que hemos buscado reconocimiento en lugar de servicio, hemos excluido demasiado rápidamente a otros o no hemos sabido reconocer la silenciosa obra de Dios a nuestro alrededor. Con corazones humildes, pidamos al Señor su misericordia.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que acoges a los humildes y manifiestas tu grandeza a través de lo pequeño y escondido:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que nos enseñas a reconocer la obra de Dios incluso más allá de los límites que nosotros establecemos: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos llamas a confiar en ti cuando la vida es confusa y supera nuestra comprensión:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos conduzca desde el orgullo y la estrechez de corazón hacia la humilde libertad de su Reino, donde su gracia actúa de maneras que superan nuestras expectativas, y nos lleve a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que la verdadera grandeza se encuentra en la humilde apertura a tu voluntad y en acoger tu presencia en los más pequeños de nuestros hermanos y hermanas, concédenos confiar en tu sabiduría cuando la vida supera nuestra comprensión y alegrarnos siempre que tu bondad se manifieste de maneras inesperadas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Una joven estudiante notó un día que una compañera nueva permanecía sola durante el recreo. Sin llamar la atención ni buscar reconocimiento, se acercó a ella y la invitó a jugar con su grupo. Nadie aplaudió el gesto. Nadie lo comentó. Sin embargo, aquella sencilla acción transformó la experiencia de esa niña en la escuela y le devolvió la confianza para relacionarse con los demás.

Es significativo que Jesús inicie la conversación del Evangelio de hoy no con una enseñanza solemne, sino corrigiendo una discusión: “¿quién de ellos era el más importante?”. Los discípulos piensan en categorías de rango, prestigio y reconocimiento. Pero Jesús responde señalando a alguien casi invisible a los ojos del mundo: un niño.

Al colocar al niño junto a sí, Jesús derriba sus suposiciones. El niño no tiene posición social, autoridad ni títulos que le otorguen importancia. Sin embargo, Jesús se identifica con él. La grandeza de Dios se manifiesta en la humilde apertura a la acción divina más allá de nuestras expectativas.

Esta misma apertura aparece en las sorprendentes palabras de Jesús: “El que no está contra ustedes, está con ustedes”. Los discípulos desean controlar quién pertenece al grupo y quién no. Pero Jesús amplía el horizonte. El Espíritu de Dios no está encerrado dentro de los límites que ellos han trazado.

Vemos algo semejante en el Libro de Job. Se desarrolla una escena celestial en la que el sufrimiento entra en la vida humana por un permiso misterioso. El mundo de Job se derrumba, no porque haya fallado, sino porque se encuentra dentro de una realidad mucho más grande de lo que puede comprender. Y aun así, Dios no se ha alejado de él.

El hilo conductor se vuelve más claro: lo que parece una pérdida de control puede ser precisamente el espacio donde Dios está más presente. Los discípulos desean claridad: quién es el más grande, quién pertenece y quién no. Job desea explicaciones. Pero Dios los invita a confiar en una sabiduría más profunda que actúa más allá de lo que los ojos pueden ver.

Jesús enseña que la verdadera grandeza no consiste en dominar, sino en ser receptivos: acoger a los más pequeños, reconocer el bien en lugares inesperados y rechazar la tentación de limitar demasiado la acción de Dios. El Reino es más grande que el círculo que nosotros dibujamos a su alrededor.

En la vida cotidiana, esto se vuelve muy práctico. Estamos llamados a alegrarnos cuando el bien aparece fuera de nuestras expectativas, a servir sin necesidad de reconocimiento y a confiar en que Dios sigue actuando incluso cuando los resultados parecen confusos o contrarios a lo que esperábamos.

Años más tarde, aquella estudiante que había acogido a la niña nueva fue recordada no por sus calificaciones ni por los premios obtenidos, sino por aquella compañera que había ayudado. Ella comentó un día: “Gracias a aquel gesto comprendí que yo también era importante”. Nadie más recordaba aquel momento, pero algo del Reino de Dios había echado raíces silenciosamente allí.

Terminamos donde comenzamos: con una bondad discreta que revela una verdad más grande. Los discípulos todavía estaban aprendiendo qué significa la verdadera grandeza. Nosotros también. Y mientras seguimos aprendiendo, Dios continúa encontrándose con nosotros en lo pequeño, en lo escondido y en lo inesperado.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Con humildad y confianza, presentemos al Señor el pan y el vino que serán transformados por su gracia. Junto con estos dones, ofrezcámosle también nuestro deseo de servir a los demás con sencillez, de confiar en su sabiduría y de reconocer su presencia actuando más allá de nuestras expectativas. Oren, hermanos y hermanas, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor,
los dones que te presentamos con humildad,
y enséñanos, por medio de esta ofrenda sagrada,
a no buscar nuestra propia grandeza,
sino el servicio silencioso de tu Reino.
Que estos santos misterios abran nuestros corazones
para reconocer tu gracia actuando de maneras
que superan nuestras expectativas.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en tu sabiduría manifiestas tu grandeza a través de la humildad y haces visible tu presencia en aquello que el mundo con frecuencia pasa por alto. En tu Hijo Jesucristo acogiste a los pequeños, fortaleciste a los olvidados y nos enseñaste a reconocer la acción de tu Espíritu más allá de los límites de las expectativas humanas. Incluso en los momentos de sufrimiento e incertidumbre, permaneces cercano a tu pueblo, guiándolo hacia una sabiduría más profunda que el entendimiento humano. Por Cristo nos llamas a confiar en tu obra escondida y a alegrarnos dondequiera que el bien eche raíces. Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos e hijas amados por Dios, llamados a vivir con humildad, confianza y apertura a su voluntad, elevemos ahora nuestra oración al Padre. Unidos en una sola familia en Cristo, oremos con las palabras que el mismo Señor Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras aprendemos a confiar en tu sabiduría
cuando la vida supera nuestra comprensión
y a reconocer tu presencia en lo humilde y lo inesperado,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que enseñaste a tus discípulos que la verdadera grandeza se encuentra no en el poder sino en el servicio humilde y en la apertura del corazón, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que acoge a los pequeños y revela el Reino de Dios a través de caminos humildes y escondidos.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios obra muchas veces en silencio, más allá del reconocimiento y más allá de nuestras expectativas.

El niño acogido por Jesús, el gesto de bondad que pasa desapercibido, el bien que encontramos fuera de nuestras fronteras habituales: todo ello revela la presencia escondida del Reino.

En esta Eucaristía, Cristo vuelve a enseñarnos que la verdadera grandeza no se alcanza poniéndose por encima de los demás, sino haciendo espacio para los demás, confiando en la sabiduría de Dios y acogiendo su obra dondequiera que aparezca.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor, transforme nuestros corazones en humildad y confianza, para que, fortalecidos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sepamos reconocer tu presencia en lo pequeño y lo inesperado y servir a los demás sin buscar reconocimiento. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones humildes capaces de reconocer su presencia en los pequeños y en lo escondido. **Amén.**

Que los fortalezca para confiar en su sabiduría cuando la vida resulte difícil de comprender. **Amén.**

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. **Amén.**

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al acoger su obra
en lo humilde, en lo escondido y en lo inesperado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdadera grandeza comienza cuando dejamos de
buscar reconocimiento y empezamos a reconocer la
silenciosa acción de Dios en los demás.

29 de septiembre de 2026 – Martes

(Santos Miguel, Gabriel y Rafael – Fiesta)

Dn 7,9-10.13-14 (o Ap 12,7-12a); Jn 1,47-51

Jesús, el lugar de encuentro donde el cielo toca la tierra.

INTRODUCCIÓN

Un niño pequeño preguntó una vez a su abuela dónde
vivía Dios. Ella señaló el cielo y le dijo: «En el cielo».
Luego hizo una pausa, le tocó suavemente el pecho y
añadió: «Y también aquí, si lo dejas entrar». El niño la miró
con asombro, tratando de imaginar cómo el cielo y su
pequeño corazón podían estar conectados.

Esa sencilla pregunta —¿dónde está Dios?— ha
acompañado a la humanidad a lo largo de todas las
épocas. Las personas han buscado señales, mensajeros y
destellos del cielo irrumpiendo en la tierra. En las
Escrituras, los ángeles aparecen con frecuencia en esos
momentos: trayendo noticias, protección y sanación;
recordándonos que Dios no está lejos.

Hoy celebramos a Miguel, Gabriel y Rafael, mensajeros del poder, de la palabra y de la sanación de Dios. Sin embargo, mientras los honramos, las lecturas nos ayudan a dirigir nuestra mirada más allá de ellos. Los ángeles abren puertas, pero no son la meta final.

Al reunirnos en la presencia de Dios, reconozcamos que muchas veces hemos buscado a Dios en lugares equivocados o no hemos sabido descubrirlo ya cercano a nosotros. Pidámosle perdón por esos momentos y preparemos nuestro corazón para encontrarnos con Aquel que es verdaderamente el lugar donde el cielo y la tierra se unen.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú abres el cielo a todos los que te buscan con corazón sincero: **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, tú eres el puente entre el cielo y la tierra y nos conduces al Padre: **Cristo, ten piedad.**

Señor Jesús, tú nos llamas a reflejar tu luz y a convertirnos en mensajeros de esperanza y de paz: **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que envió a sus ángeles para guiar y proteger a su pueblo, nos perdone por las veces en que no hemos sabido reconocer la presencia de Cristo entre nosotros, nos fortalezca para caminar en su luz y nos lleve a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu admirable providencia envías a tus santos Ángeles para velar por nosotros, concédenos que, por la intercesión de los santos Miguel, Gabriel y Rafael, mantengamos nuestra mirada fija en Cristo, el lugar de encuentro entre el cielo y la tierra, y lleguemos a ser testigos fieles de tu luz, de tu sanación y de tu paz en el mundo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Un viajero pasó una noche en un lugar apartado y utilizó una piedra como almohada. Mientras dormía, soñó con una escalera que unía la tierra con el cielo, y por ella subían y bajaban mensajeros de Dios. Al despertar, exclamó maravillado: «Verdaderamente Dios estaba aquí y yo no lo sabía». Esa antigua historia de Jacob resuena discretamente en el Evangelio de hoy.

Jesús toma esa antigua imagen y la transforma. Le dice a Natanael que verá «el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre». Ya no se trata de una escalera ni simplemente de un lugar. Ahora se trata de una persona. Jesús mismo es el puente.

Este es el corazón de la fiesta que celebramos hoy. Miguel defiende, Gabriel anuncia y Rafael sana; todos son servidores, todos son mensajeros. Su misión es real e importante. Pero su papel más profundo consiste en señalar más allá de sí mismos. Son como señales en el camino, no el destino final.

Porque en Jesús ha sucedido algo completamente nuevo. Él no solamente viene del cielo, como los ángeles; también pertenece plenamente a la tierra. Es verdadero Dios y verdadero hombre. En Él, el cielo ya no está distante. El cielo se ha acercado tanto que puede ser tocado, escuchado y contemplado.

Por eso el Evangelio se detiene en Natanael. Al principio es escéptico: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?». No espera gran cosa. Sin embargo, cuando se encuentra con Jesús, algo cambia dentro de él. Pasa de la duda al reconocimiento, de la vacilación a la fe. El encuentro transforma su vida.

Y así sigue actuando Dios también hoy. No principalmente mediante visiones extraordinarias, sino a través del encuentro. Tal vez no veamos ángeles subir y bajar, pero somos invitados a «venir y ver», como Natanael; a descubrir poco a poco que Cristo está presente en los momentos ordinarios de la vida.

Sin embargo, existe un peligro sutil. Podemos quedar fascinados por las señales, por los mensajeros e incluso por ciertas experiencias espirituales, y aun así perder de vista a Cristo mismo. Esta fiesta nos recuerda que debemos mantener clara nuestra atención: los ángeles sirven, pero Jesús salva. Los ángeles guían, pero Jesús es el camino.

Más aún, nosotros mismos somos atraídos a este misterio. Si Cristo es el lugar donde el cielo y la tierra se encuentran, entonces quienes le pertenecen son enviados a reflejar esa misma unión. De manera sencilla y silenciosa, también nosotros nos convertimos en mensajeros que llevan protección, esperanza, sanación y buenas noticias a la vida de los demás.

Una enfermera que acompaña con paciencia a un enfermo terminal, un amigo que pronuncia una palabra de ánimo en el momento oportuno, una persona que se pone de pie para defender lo que es justo: estos no son actos

espectaculares, pero permiten que algo del cielo toque la tierra.

Hay una promesa serena en el Evangelio de hoy: «Verás cosas mayores». La fe no es un camino terminado. Como Natanael, comenzamos con un primer encuentro, pero siempre somos conducidos más profundamente, invitados a ver más, a reconocer más y a confiar más.

Un hombre visitó una vez una catedral y pasó largo tiempo admirando sus vitrales. Los colores, las figuras y la belleza de aquellas ventanas lo cautivaron por completo. Pero al salir comprendió algo importante: los vitrales eran hermosos únicamente porque la luz los atravesaba. Sin la luz, habrían permanecido oscuros y sin vida.

Así sucede con los ángeles y también con nosotros. Su belleza, su misión y su poder provienen de la luz de Cristo. Y cuando esa misma luz brilla a través de nuestras vidas, incluso en los gestos más pequeños, el cielo vuelve a tocar silenciosamente la tierra.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, por medio de esta ofrenda, seamos atraídos cada vez más hacia Cristo, por quien el cielo toca la tierra, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de alabanza mientras honramos a tus santos Ángeles, y te pedimos humildemente que, guiados por su servicio y su ejemplo, seamos conducidos siempre hacia Cristo, tu Hijo, cuya luz da vida a toda la creación.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO: *La misión de los Ángeles y de Cristo Señor*

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu amorosa providencia envías a los santos Ángeles para custodiar, guiar y fortalecer a tu pueblo en su peregrinación terrena.

Por medio de Miguel manifiestas tu poder sobre el mal; por medio de Gabriel, tu palabra viva de promesa; y por medio de Rafael, tu cuidado sanador y compasivo.

Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, nos diste a tu Hijo, Jesucristo, verdadero lugar de encuentro entre el cielo y la tierra.

En Él se abren las puertas del cielo, y por Él la humanidad es atraída a la comunión contigo.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con todos los coros y potestades celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir al Padre por medio de Cristo, que nos abre el cielo y nos reúne en una sola familia:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y abre nuestros ojos para reconocer tu presencia entre nosotros.

Cuando nos distraigan las señales y las incertidumbres, mantén nuestro corazón fijo en Cristo, verdadero puente entre el cielo y la tierra.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el puente entre el cielo y la tierra, la paz que reconcilia a la humanidad con el Padre;

no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que nos abre el cielo y nos conduce al Padre. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los ángeles señalan el camino, pero Cristo es el camino. En esta Eucaristía el cielo ha vuelto a tocar la tierra, no mediante visiones o señales extraordinarias, sino por el don silencioso de Cristo mismo.

Que su luz brille a través de nosotros, para que, mediante nuestras palabras, nuestra bondad y nuestro valor, otros descubran que Dios está más cerca de lo que imaginaban.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados en la mesa del cielo,
te pedimos, Señor, que, por el ministerio de tus santos
Ángeles, sigamos caminando fielmente con Cristo
y lleguemos a ser signos vivos de tu presencia en el
mundo, llevando esperanza, sanación y paz
a todos los que encontremos. Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que nos ha abierto el cielo en Cristo,
llene sus corazones con su luz y su paz. **Amén.**

Que los santos Miguel, Gabriel y Rafael
los protejan, los guíen y los fortalezcan en toda prueba.
Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al permitir que la
luz de Cristo brille a través de sus vidas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Los ángeles son señales que nos conducen hacia Cristo.
Cuando su luz brilla a través de nuestras vidas —en la
bondad, la verdad, la sanación y el valor— el cielo vuelve
a tocar silenciosamente la tierra.

30 de septiembre de 2026 – Miércoles

(San Jerónimo – Memoria)

Job 9,1–12.14–16; Lc 9,57–62 - “Hoy, sin mirar atrás.”

INTRODUCCIÓN

Una vez, un joven se inscribió para una misión de voluntariado en el extranjero. Estaba lleno de entusiasmo, generosidad y sinceridad. Pero cada vez que se acercaba la fecha de partida, encontraba una razón para posponerla: asuntos pendientes, cuestiones familiares, una oportunidad de trabajo. “Iré el próximo año”, decía. Pasaron los años. Un día se dio cuenta de que el llamado que antes conmovía su corazón se había vuelto tenue; no porque hubiera desaparecido, sino porque había seguido aplazando su “sí”.

Hay algo profundamente humano en esa vacilación. Reconocemos lo que es bueno, lo que es correcto e incluso aquello que Dios podría estar pidiéndonos, pero lo retrasamos. Negociamos. Esperamos un “mejor momento”, como si el llamado de Dios pudiera programarse según nuestra conveniencia.

San Jerónimo, cuya memoria celebramos hoy, conocía bien el peligro de la demora. Escribió una vez: **“Comienza ahora lo que serás después.”** Para él, la vida cristiana no era algo que pudiera posponerse. Exigía decisión, claridad y valentía en el momento presente.

Al reunirnos para esta Eucaristía, podemos preguntarnos: ¿cuántas veces hemos retrasado nuestra respuesta a la voz del Señor? ¿Cuántas veces hemos mirado atrás en lugar de avanzar? Presentemos ahora estas vacilaciones ante Dios y pidámosle misericordia y la gracia de responderle “hoy”, mientras nos disponemos a celebrar el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos llamas a seguirte con un corazón indiviso: **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, tú nos perdonas cuando el miedo y la vacilación nos impiden responder a tu llamada:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos conduces hacia adelante, a la libertad y a la alegría de tu Reino: **Señor, ten piedad.**

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos retrasado nuestra respuesta a su gracia, los momentos en que hemos mirado atrás en lugar de confiar en su llamada, y nos lleve a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que concediste a san Jerónimo un amor vivo y profundo por la Sagrada Escritura, concede a tu pueblo alimentarse cada vez más de tu Palabra y encontrar en ella el valor para seguir a tu Hijo sin vacilación ni temor.

Enséñanos a responder hoy a tu llamada con corazones fieles e indivisos, y a perseverar sin volver la mirada atrás en el camino del discipulado.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un agricultor que enseñaba a su hijo a trazar un surco recto en el campo. Le dijo: “Fija la mirada en aquel árbol que está al final del terreno y camina derecho hacia él”. El muchacho comenzó bien, pero después de unos pasos siguió girando la cabeza para ver cómo lo estaba haciendo. Cuando terminó, el surco estaba torcido. “¿Por qué no avanzaste en línea recta?”, le preguntó su padre. El muchacho respondió: “Porque seguía mirando hacia atrás”. El padre sonrió y dijo: “Precisamente por eso”.

En el evangelio de hoy, Jesús utiliza una imagen semejante: **“Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.”** Es una afirmación impactante e incluso inquietante. Jesús se encuentra con tres personas que desean seguirlo. Cada una parece estar dispuesta, pero cada una vacila. Una es demasiado rápida en su respuesta y no es consciente del costo. Las otras dos presentan peticiones razonables:

enterrar a su padre y despedirse de su familia. Sin embargo, Jesús responde con urgencia y firmeza.

A primera vista, sus palabras pueden parecer duras. Después de todo, ¿no son estas responsabilidades legítimas? Pero Jesús no está despreciando los deberes humanos; está revelando algo más profundo: la naturaleza radical y urgente del discipulado. La llamada a seguirlo no es un compromiso más entre muchos; es el centro que da sentido a todos los demás.

Hay una urgencia en la misión de Jesús. Su tiempo es breve y el Reino de Dios está cerca. Por eso pide una respuesta que no sea retrasada, ni dividida, ni distraída. **“Hoy”, no mañana. “Completamente”, no a medias.** El peligro no es tanto el rechazo como el aplazamiento: la silenciosa suposición de que podremos responder más adelante.

Reconocemos esto en nuestras propias vidas. Sentimos el impulso de perdonar, pero esperamos. Nos sentimos llamados a servir, pero vacilamos. Sabemos lo que es

correcto, pero lo retrasamos. Como las personas del evangelio, decimos: “Sí, Señor, pero primero...”. Y ese “pero primero” puede prolongarse indefinidamente.

San Jerónimo, hombre de profundas convicciones, comprendió muy bien esta realidad. Dedicó su vida a la Escritura con disciplina y pasión, no porque fuera fácil, sino porque se negó a ofrecerle a Dios solamente las sobras de su tiempo y de sus energías. Su vida nos recuerda que la santidad no se encuentra en las buenas intenciones vagas, sino en un compromiso decidido.

La imagen del arado también nos habla de la importancia de mantener la mirada fija en una dirección. Seguir a Cristo significa avanzar con un rumbo claro. Mirar atrás aquí no se refiere al recuerdo o a la reflexión; se refiere a una lealtad dividida. Significa aferrarse a lo que hemos dejado atrás, dudar constantemente de nuestra elección o reservar para nosotros una parte del corazón.

Sin embargo, esta llamada no pretende cargarnos con un peso, sino liberarnos. Una vida que constantemente mira

atrás termina fragmentada e inquieta. Una vida entregada plenamente a Cristo se vuelve unificada y llena de propósito. Cuando fijamos nuestros ojos en Él, el camino, aunque exigente, se vuelve claro.

Existe otra historia acerca de un hombre que durante años sintió el llamado a reconciliarse con un viejo amigo con quien estaba enemistado. Siempre encontraba una excusa para esperar un poco más. Finalmente dio el paso y buscó la reconciliación. Más tarde comentó: “Ojalá lo hubiera hecho antes. Durante años me quedé atrapado en el pasado, y ese pasado no me dejaba avanzar”. Desde el momento en que tomó la decisión de actuar, su vida comenzó nuevamente a caminar hacia adelante.

“Hoy, sin mirar atrás.” Esa es la invitación de este evangelio. No se nos pide perfección ni heroísmo instantáneo, sino un “sí” verdadero, presente y generoso. Hoy el Señor llama. Hoy nosotros respondemos.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que presentemos ante Dios no solamente estos dones de pan y vino, sino también nuestra disposición a seguir hoy a Cristo con corazones confiados y generosos, y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta las ofrendas que te presentamos mientras buscamos seguir a tu Hijo con mayor fidelidad y valentía.

Líbranos de los corazones divididos y de la costumbre de retrasar nuestra respuesta, para que, fortalecidos por este sacrificio, podamos caminar firmemente por el sendero de tu Reino. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque llamas continuamente a tu pueblo a caminar por el camino de tu Hijo con corazones fieles y libres.

En Cristo nos enseñas a no aferrarnos al pasado
ni a retrasar la obra de tu gracia,
sino a responder hoy a tu invitación
con confianza y generosidad.

En san Jerónimo concediste a tu Iglesia un servidor
que amó tu Palabra con pasión y disciplina,
y que mostró con su vida que la santidad crece mediante
un compromiso decidido y fiel.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Padre que nos llamas cada día a seguir a tu Hijo sin miedo
ni demora, escucha la oración que te dirigimos con
confianza:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y especialmente del miedo, de la vacilación y de las
lealtades divididas que nos impiden responder plenamente
a tu llamada; y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre
libres de pecado y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa Venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú llamas a tus discípulos a seguirte con
corazones firmes y confiados.

No mires nuestras resistencias y demoras, sino nuestro
deseo de caminar en tu verdad.

Concédenos la paz que nace de entregarnos plenamente
a tu voluntad, y concede a tu Iglesia la paz y la unidad
según tu querer.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que hoy nos llama a seguirlo con un corazón indiviso.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has alimentado con tu Cuerpo y tu Sangre y nos has fortalecido para el camino del discipulado. Mantén nuestros ojos fijos en ti, para que no nos distraigan el miedo, el arrepentimiento estéril o la vacilación. Enséñanos a vivir este día con fidelidad, a amar con generosidad y a seguirte sin mirar atrás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que estos santos misterios, Señor,
que hemos recibido con acción de gracias,
nos fortalezcan para responder con mayor prontitud a tu Gracia y para seguir a Cristo con perseverancia fiel.
Por el ejemplo de san Jerónimo,
haz que tu Palabra permanezca viva en nosotros
y guíe nuestros pasos cada día hacia tu Reino.
Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la valentía necesaria para responder a su llamada sin demora. **Amén.**

Que libere sus corazones del miedo, de la vacilación y de las lealtades divididas. **Amén.**

Y que mantenga sus ojos fijos en Cristo, para que lo sigan fielmente cada día sin mirar atrás. **Amén.**

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una respuesta generosa a su llamada hoy, sin mirar atrás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El mayor obstáculo para el discipulado muchas veces no es el rechazo, sino el aplazamiento. Cristo no nos pide una promesa perfecta para el futuro, sino un “sí” generoso y de todo corazón hoy.

**1 de octubre de 2026 – Jueves de la 26.^a Semana del
Tiempo Ordinario**

(Santa Teresa del Niño Jesús – Memoria)

Job 19, 21–27; Lc 10, 1–12

“El Reino de Dios está muy cerca.”

INTRODUCCIÓN

Había una maestra que observó durante todo el año a una niña muy tranquila de su clase. Nunca destacaba especialmente. No recibía premios, no era el centro de atención y no protagonizaba momentos extraordinarios. Sin embargo, siempre mostraba amabilidad, ayudaba a los demás y trataba a todos con respeto. Al finalizar el curso, la maestra preguntó a los alumnos quién había influido más positivamente en sus vidas. Para su sorpresa, muchos mencionaron a aquella niña silenciosa. Fueron sus pequeños gestos escondidos —compartir, escuchar y animar a los demás— los que habían transformado a toda la clase.

Con frecuencia pensamos que solo cuentan los grandes logros o las acciones visibles. Sin embargo, el Evangelio

de hoy y el testimonio de santa Teresa nos recuerdan que el Reino de Dios muchas veces crece silenciosamente, a través de actos de amor, oración, paciencia y fidelidad que pasan desapercibidos. El Reino de Dios está muy cerca, incluso cuando su presencia parece oculta bajo la sencillez de la vida cotidiana.

Jesús envía a los setenta y dos discípulos a la mies, no con poder ni prestigio, sino con confianza en Dios. Santa Teresa, aunque permaneció oculta dentro de un convento, llegó a ser misionera mediante su amor y sacrificio. Ella nos enseña que cada acción realizada con amor forma parte de la obra de Dios en el mundo.

Al reunirnos alrededor de esta mesa eucarística, reconozcamos las veces en que hemos pasado por alto la presencia silenciosa de Dios, hemos dudado del valor de los pequeños actos de amor o nos hemos desanimado porque no veíamos resultados inmediatos. Pidamos al Señor su misericordia y su sanación mientras nos preparamos para celebrar estos sagrados misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú proclamas que el Reino de Dios está muy cerca: **Señor, ten piedad.**

Cristo Jesús, tú nos llamas a trabajar fielmente en tu mies, incluso cuando los frutos permanecen ocultos:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos enseñas por medio de santa Teresa que ningún acto de amor se pierde jamás:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios cuyo Reino está siempre cercano tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos dejado de confiar en el valor del amor escondido y de la fidelidad silenciosa, y nos lleve a la vida eterna. **Amén.**

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que abres las riquezas de tu Reino a los humildes y confiados de corazón, concédenos que, siguiendo el caminito espiritual de santa

Teresa, te sirvamos fielmente en los pequeños deberes de cada día y proclamemos con nuestro amor que tu Reino está muy cerca.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Un hombre plantó una vez un árbol en un terreno seco y poco prometedor. Sus vecinos se burlaban de él y le decían que nunca crecería. Durante años pareció que nada sucedía. Sin embargo, él continuó regándolo silenciosamente cada día. Finalmente, mucho tiempo después, cuando muchos ya se habían olvidado de aquel árbol, este brotó con fuerza y comenzó a ofrecer sombra y frutos para todos. Lo que parecía inútil había estado preparándose en silencio para una gran abundancia. En el Evangelio de hoy, Jesús envía a setenta y dos discípulos a la mies. Es una imagen impresionante: la obra de Dios es demasiado grande para un grupo reducido. La cosecha es abundante, los campos son extensos y se

necesitan muchos trabajadores. Cada uno es enviado con una misión sencilla: llevar la paz y anunciar: **“El Reino de Dios está muy cerca.”**

Ese mensaje no cambia según la respuesta que reciban. Tanto si son acogidos como si son rechazados, los discípulos deben proclamar las mismas palabras. Porque la verdad permanece inalterable: **el Reino de Dios está muy cerca**. La presencia de Dios no depende de la aprobación humana. No se vuelve más fuerte cuando es aceptada ni más débil cuando es rechazada. Simplemente está ahí: constante, fiel y cercana.

Aquí es donde santa Teresa ilumina poderosamente el Evangelio. Ella no fue una de los setenta y dos discípulos que recorrieron pueblos y ciudades. Su misión se desarrolló dentro de los muros de un convento. Sin embargo, mediante la oración, el amor y el sacrificio, participó profundamente en la misión de la Iglesia. Se convirtió en una trabajadora de la mies de Dios de una manera escondida, pero extraordinariamente fecunda.

Santa Teresa nos enseña que existen muchas maneras de decir: **“El Reino de Dios está muy cerca.”** Algunos lo anuncian con palabras; otros, con una vida marcada por el amor silencioso. Algunos son enviados a tierras lejanas; otros permanecen donde están y sostienen la misión mediante la oración. Lo que une todas estas formas de servicio es la confianza en que Dios ya está actuando.

El Evangelio también nos prepara para el desaliento. No todas las ciudades recibirán el mensaje. No todos los esfuerzos producirán frutos visibles. Sin embargo, Jesús insiste: incluso allí, incluso en medio del rechazo, **“el Reino de Dios está muy cerca.”** Dios está tan presente el Viernes Santo como el Domingo de Pascua. La aparente ausencia de éxito no significa la ausencia de Dios.

En nuestra propia vida podemos sentir a veces que nuestros esfuerzos son pequeños, pasan desapercibidos o parecen ineficaces. Podemos preguntarnos si lo que hacemos realmente tiene importancia. Santa Teresa nos

respondería con suavidad: nada de lo que se hace con amor se pierde jamás. El acto más pequeño, ofrecido a Dios, se convierte en parte de su gran cosecha.

Volviendo al hombre y al árbol, lo que lo sostuvo no fueron los resultados inmediatos, sino la fidelidad perseverante. Él confiaba en que la vida estaba actuando bajo la superficie. Lo mismo sucede con nosotros. Estamos llamados a trabajar en el campo del Señor a nuestra manera —a veces de forma visible y muchas otras de manera oculta—, pero siempre arraigados en la certeza de que **el Reino de Dios está muy cerca**.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestros humildes dones, ofrecidos con corazones confiados y con amor silencioso, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe las ofrendas que ponemos ante ti y transforma nuestros pequeños actos de fe y amor en una cosecha abundante para tu Reino.

Así como santa Teresa te sirvió mediante el sacrificio escondido, enséñanos a confiar en que nada de lo que se ofrece con amor se pierde jamás. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque te acercas a tu pueblo de maneras que muchas veces permanecen ocultas a los ojos humanos. En tu Hijo, Jesucristo, proclamaste que tu Reino está muy cerca, llamando trabajadores a tu mies para sembrar paz, misericordia y esperanza. En santa Teresa del Niño Jesús revelaste la belleza de la fidelidad humilde.

Aunque permaneció escondida para el mundo,
se convirtió en una luz para toda la Iglesia,
enseñándonos que incluso el más pequeño acto de amor
participa en la obra salvadora de Cristo.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y
dominaciones, y con todos los coros y potestades del
cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confianto en que el Padre está siempre cerca de sus hijos
y que ningún acto de amor ofrecido a Él se pierde jamás,
oremos con confianza usando las palabras que el mismo
Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, y fortalécenos
cuando nuestros esfuerzos parezcan pasar desapercibidos
o resultar infructuosos. Concédenos la paciencia para
trabajar fielmente en tu mies y la confianza para creer que
tu Reino está siempre cerca.

Mientras esperamos la gloriosa Venida de nuestro
Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que enviaste a tus discípulos a llevar la
paz dondequiera que fueran y les recordaste que el Reino
de Dios está muy cerca, no tengas en cuenta nuestros
pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu
voluntad, la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que se acerca a nosotros con
misericordia, fortaleza y amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Reino de Dios está muy cerca.

Está cerca en la oración silenciosa que nadie observa,
en el sacrificio escondido ofrecido con amor,
en los pequeños actos de bondad que sostienen a los
demás.

Santa Teresa nos recuerda que la santidad no se mide por la visibilidad, sino por el amor entregado fielmente.

Cristo se ha acercado a nosotros en esta Eucaristía; que ahora llevemos su presencia silenciosamente al mundo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos sagrados misterios, Señor, haz que continuemos trabajando fielmente en tu mies con corazones humildes y confiados.

Enséñanos, por el ejemplo de santa Teresa, a reconocer tu Reino cercano en los momentos ordinarios de la vida y en cada acto de amor que te ofrecemos. Por Cristo nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con la fortaleza serena de santa Teresa, para que le sirvan fielmente en las pequeñas cosas de la vida cotidiana. **Amén.**

Que les ayude a confiar en que ningún acto de amor se pierde jamás y en que su Reino está siempre cerca.

Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. **Amén.**

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su servicio fiel y amoroso.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“El Reino de Dios está muy cerca”: incluso en el más pequeño acto de amor ofrecido fielmente a Dios.

**2 de octubre de 2026 – Viernes de la 26.^a Semana del
Tiempo Ordinario (Santos Ángeles Custodios –
Memoria)**

Job 38,1.12–21 o Ex 23,20-23; 40,3–5; Mt 18,1–5.10

*Nunca estamos solos: guiados, protegidos y conducidos
hacia Dios.*

INTRODUCCIÓN

Hay una conmovedora historia de un niño que le dijo a su madre que un “amigo invisible” caminaba con él a la escuela cada día. Al principio ella sonrió ante la imaginación propia de la infancia, hasta que el niño añadió en voz baja: “Me recuerda que debo ser amable cuando lo olvido”. En esa sencilla observación había una verdad profunda: la conciencia de que no estaba solo, de que alguien invisible lo guiaba con suavidad.

Hoy, al celebrar la Memoria de los Santos Ángeles Custodios, la Iglesia nos recuerda que Dios nunca deja desatendidos a sus hijos. Desde el comienzo de nuestra vida, nos confía a compañeros celestiales que nos guían, nos protegen y nos conducen hacia Él. Ellos son signos de

su amoroso cuidado y de su presencia constante.

Jesús nos dice en el Evangelio que estos ángeles contemplan continuamente el rostro del Padre. Están ante Dios incluso mientras caminan a nuestro lado. En silencio, muchas veces sin que lo notemos, nos animan a hacer el bien, nos advierten del peligro y nos acercan más al Señor.

Sin embargo, hay momentos en que ignoramos la guía de Dios, resistimos sus inspiraciones o vivimos como si estuviéramos solos. Por eso, con corazones humildes y confiados, pidamos al Señor misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú envías a tus ángeles para guiarnos por los caminos de la verdad y de la paz: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos llamas a ser como niños pequeños, confiando plenamente en el cuidado del Padre:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nunca abandonas a tu pueblo, sino que lo conduces con seguridad hacia tu Reino:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Padre misericordioso nos perdone por las veces en que hemos ignorado su guía, resistido su gracia y olvidado que nunca estamos solos. Que nos fortalezca mediante la ayuda de sus santos ángeles, nos proteja de todo mal y nos conduzca fielmente por el camino que nos lleva de regreso a Él. Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu amorosa providencia rodeas a tu pueblo con el cuidado de tus santos ángeles, concédenos que, confiando en tu guía constante, caminemos fielmente por las sendas del bien, seamos protegidos de los peligros del pecado y lleguemos seguros al lugar que has preparado para nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta la historia de un viajero que atravesaba de noche un peligroso sendero de montaña. La niebla era espesa, el camino estrecho y cada paso incierto. En un momento sintió una mano firme que lo hizo retroceder justo cuando estaba a punto de dar un paso adelante. Cuando la niebla se disipó al amanecer, vio que un solo paso más lo habría precipitado por un barranco. Nunca vio quién lo sostuvo, pero jamás olvidó que había sido salvado.

La fiesta de hoy nos invita a reconocer que nuestra vida se parece muchas veces a ese viaje: está llena de peligros invisibles, giros inesperados y caminos inciertos. Y, sin embargo, no se nos deja caminar solos. Dios, en su providencia, nos ha dado a los Santos Ángeles Custodios para guiarnos y protegernos a lo largo del camino. Nunca estamos solos: guiados, protegidos y conducidos hacia Dios.

En la primera lectura, Dios promete: «Voy a enviar un ángel delante de ti para que te cuide en el camino y te

lleve al lugar que te he preparado». Esto no fue solamente un mensaje para Israel hace mucho tiempo; es una promesa para cada uno de nosotros. Nuestra vida es una peregrinación, y el destino no es algo dejado al azar: es el lugar que Dios ha preparado, la vida junto a Él.

El Evangelio profundiza este misterio. Jesús nos dice que los ángeles de los “pequeños” están siempre en la presencia del Padre. Nuestros ángeles custodios están, en cierto sentido, en dos lugares a la vez: con nosotros en nuestras luchas diarias y en el cielo intercediendo por nosotros. Ellos contemplan a Dios y también nos contemplan a nosotros. Conocen el camino y nos animan suavemente a seguirlo.

Pero Jesús también coloca a un niño en medio de los discípulos y afirma que la verdadera grandeza consiste en hacerse como ese niño. ¿Por qué? Porque un niño sabe confiar, sabe depender y sabe dejarse conducir. Quizá una de las razones por las que no percibimos la presencia de nuestros ángeles custodios es que hemos perdido esa apertura propia de los niños. Preferimos el control a la

confianza, la seguridad humana al abandono en Dios.

La presencia de los Santos Ángeles Custodios nos recuerda que la guía de Dios suele llegar de manera silenciosa. No normalmente mediante señales espectaculares, sino a través de pequeñas inspiraciones interiores: una invitación a la paciencia en lugar de la ira, a la honestidad en lugar del compromiso con el mal, a la compasión en lugar de la indiferencia. Estas cosas no son casualidades; con frecuencia son la suave obra de la gracia, ayudada por esos compañeros celestiales.

Al mismo tiempo, la fiesta de hoy nos interpela. Si los ángeles son mensajeros y guardianes, también nosotros estamos llamados a reflejar esa misión unos para otros. Somos enviados para ser signos del cuidado de Dios: protegiendo a los más vulnerables, alentando a los cansados y orientando a quienes han perdido el rumbo. En este sentido, podemos convertirnos para los demás en un reflejo visible de los ángeles invisibles.

También vale la pena preguntarnos, como hizo una vez el Papa Francisco: ¿Hablo con mi ángel custodio? ¿Lo

escucho? ¿Reconozco a este compañero que es signo del amor personal de Dios por mí? Una relación ignorada sigue siendo un regalo sin abrir.

En definitiva, la fiesta de los Santos Ángeles Custodios no trata de despertar curiosidad por lo invisible, sino de fortalecer nuestra confianza en el cuidado de Dios. Nunca somos abandonados, nunca somos olvidados, nunca estamos solos. Incluso cuando el camino parece confuso, estamos siendo guiados paso a paso hacia Dios.

Y así volvemos al punto de partida: como aquel viajero en el sendero de montaña, también nosotros experimentamos momentos en los que somos apartados del peligro, guiados lejos del mal y conducidos hacia la vida, muchas veces sin darnos cuenta. Solo con el paso del tiempo, o quizá únicamente en la eternidad, comprenderemos cuántas veces nuestro ángel custodio caminó a nuestro lado... guiándonos silenciosamente hacia nuestro hogar junto a Dios.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, confiemos también nuestras vidas más plenamente a la amorosa guía de Dios, de modo que, acompañados por sus santos ángeles, nuestro sacrificio y nuestros corazones sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe los dones que presentamos ante Ti
al celebrar la memoria de los Santos Ángeles Custodios.
Que este sacrificio nos fortalezca para escuchar con
mayor atención tu voz,
seguir tus caminos con confianza de hijos
y caminar seguros bajo la protección de tus mensajeros
celestiales.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu amorosa sabiduría
nunca dejas que tu pueblo camine solo.
Envías a tus santos ángeles
para protegernos en nuestro camino,
guiarnos en los momentos de incertidumbre
y conducirnos hacia la vida que has preparado para
nosotros.
En ellos contemplamos la ternura de tu providencia
y la cercanía de tu cuidado,
pues están delante de tu trono celestial
mientras nos acompañan en las pruebas de esta
peregrinación terrena.
Por su silenciosa ayuda,

nos llamas a confiar como niños
y a caminar con seguridad por la senda de la salvación.
Por eso, con los Ángeles y Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza
de hijos que saben que nunca son abandonados, porque
el Padre guía y protege siempre a su pueblo:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz
en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia
y protegidos por la asistencia de tus santos ángeles,
vivamos siempre libres de pecado y seguros ante toda
perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
en los caminos inciertos de la vida
nunca abandonas a tu pueblo,
sino que lo guías con tu gracia
y lo rodeas con el cuidado de tus santos ángeles.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor. Él nunca nos deja solos, sino que nos conduce con seguridad hacia el Padre.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, ¡cuántas veces nos has guiado sin que lo notáramos, protegido sin que lo viéramos
y apartado de peligros que nunca llegamos a comprender!
Gracias por la presencia silenciosa de tus santos ángeles,
por las suaves inspiraciones que nos impulsan hacia el bien, por esos recordatorios invisibles de tu amor.
Enséñanos a caminar con la confianza de los niños,
a escuchar con más atención tu voz y a convertirnos para los demás en signos de tu cuidado y compasión.
Que nunca olvidemos que vivimos siempre bajo tu mirada amorosa.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Pan del cielo, te pedimos humildemente, Señor, que, por la amorosa protección de tus santos ángeles, perseveremos en tu gracia, caminemos fielmente por la senda de la santidad y lleguemos seguros a la morada eterna que has preparado para nosotros. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que en su amorosa providencia los confía al cuidado de sus santos ángeles, guíe sus pasos en la paz, los proteja de todo mal y los conduzca con seguridad hacia la vida eterna.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que nunca están solos, porque los santos ángeles de Dios caminan con ustedes y los conducen hacia Él.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La guía de Dios suele ser silenciosa, pero nunca está ausente. Nunca estamos solos: guiados, protegidos y conducidos suavemente al hogar de Dios.»

3 de octubre de 2026 – Sábado de la 26.^a Semana del Tiempo Ordinario

Job 42, 1–3.5–6.12–17; Lucas 10, 17–24

“Alégrense no por lo que hacen, sino por Aquel que los sostiene.”

INTRODUCCIÓN

Había una vez una maestra que pidió a sus alumnos que dibujaran cómo imaginaban el cielo. La mayoría de los niños dibujó nubes, ángeles y una brillante luz dorada. Pero un pequeño niño dibujó simplemente una casita con una mesa y varias personas sentadas alrededor, sonriendo. Cuando la maestra le pidió que explicara su dibujo, él respondió: “El cielo es el lugar donde perteneces y donde alguien se alegra de que estés allí”. Había algo profundamente sencillo y verdadero en aquella respuesta infantil.

Con frecuencia imaginamos el cielo de maneras grandiosas y lejanas; sin embargo, el Evangelio de hoy lo acerca suavemente a nuestra vida. Jesús recuerda a sus

discípulos que la alegría más grande no está en el poder, el éxito o los logros, sino en pertenecer a Dios.

“Alégrense”, les dice, “porque sus nombres están escritos en el cielo”.

El Señor revela este misterio no a los orgullosos ni a quienes se bastan a sí mismos, sino a los pequeños, a los corazones humildes, confiados y abiertos a la gracia. Como Job, que pasó del cuestionamiento al encuentro con Dios, también nosotros somos invitados a descubrir la paz no en tener todas las respuestas, sino en saber que Dios nos sostiene con su amor.

Y, sin embargo, muchas veces nos alegramos más por nuestros logros que por la misericordia de Dios; más por lo que hacemos que por quienes somos delante de Él. Por eso, con corazones humildes y sencillos como los de los niños, pidamos al Señor perdón y paz.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú nos enseñas a alegrarnos no por el poder o el éxito, sino por pertenecer al Padre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú revelas los misterios de Dios a los humildes y a los pequeños: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a descansar en el amor que nunca pasa: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Señor misericordioso nos perdone por el orgullo que busca más el reconocimiento que la relación con Él; sane los temores que nos impiden confiar como niños y nos conduzca a la alegría de saber que nuestros nombres están escritos en el cielo.

Y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que nos enseñas que la alegría más profunda del corazón humano no se encuentra en los éxitos de este mundo, sino en pertenecerte a ti, concédenos la humildad de los niños pequeños, para que, confiando plenamente en tu amor,

nos alegremos siempre por la gracia
de tener nuestros nombres escritos en el cielo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. **Amén.**

HOMILÍA

Se cuenta que un joven músico ofreció una magnífica presentación en un concierto. El público se puso de pie para aplaudirlo y, al terminar, él estaba lleno de orgullo y satisfacción. Entre bastidores encontró a su maestro esperándolo en silencio.

—Has tocado muy bien —le dijo el maestro—, pero dime una cosa: ¿tocaste por los aplausos o por amor a la música?

El joven se quedó pensativo, porque en el fondo sabía que había una gran diferencia entre ambas cosas.

En el Evangelio de hoy, los discípulos regresan a Jesús llenos de entusiasmo. Su misión ha sido exitosa. “Hasta los demonios se nos someten en tu nombre”, le dicen. Es

un momento de triunfo, y su alegría es comprensible. Como aquel joven músico, están disfrutando de los aplausos.

Pero Jesús los orienta suavemente hacia algo más profundo. No niega su éxito; de hecho, lo reconoce. Sin embargo, les señala una verdad mayor: “No se alegren de que los espíritus se les sometan; alégrense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo”. En otras palabras, alégrense no tanto por lo que han hecho, sino por quienes son delante de Dios.

Este es un cambio sutil, pero fundamental. Los logros vienen y van. El éxito puede crecer o desaparecer. Hay etapas en la vida en las que nuestro trabajo florece, y otras en las que parece desvanecerse o incluso fracasar. Si nuestra alegría depende únicamente de lo que logramos, siempre será una alegría frágil.

Jesús nos invita a una alegría más profunda: la alegría de la relación con Dios. Tener nuestros “nombres escritos en el cielo” significa que pertenecemos a Dios, que somos

conocidos y amados por Él, que participamos de la misma relación de amor entre el Padre y el Hijo. Esto no es algo que ganamos por nuestros méritos; es un regalo que recibimos.

Por eso Jesús mismo estalla en una oración llena de gozo en el Espíritu Santo. Alaba al Padre no por los logros humanos, sino por la revelación de su misterio a los “pequeños”. El corazón de niño está abierto, es receptivo y confiado. Sabe recibir el amor en lugar de intentar controlarlo.

La primera lectura, tomada del libro de Job, refleja este mismo camino. Después de todo su sufrimiento y de tantas preguntas, Job llega a una profunda humildad y puede decir: “Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora mis ojos te han visto”. Ya no se trata de explicaciones ni de éxitos, sino de encuentro. Y en ese encuentro encuentra restauración y paz.

Hoy se nos recuerda que la bendición más grande de la vida no es lo que hacemos por Dios, sino lo que Dios ha hecho y continúa haciendo por nosotros. Nuestras obras

son importantes, pero brotan de algo mucho más grande: una relación de amor que permanece incluso cuando nuestras fuerzas disminuyen y nuestros esfuerzos parecen insuficientes.

Hay otra historia que puede ayudarnos a comprender esta verdad. Una anciana vivía en una residencia para personas mayores. Ya no podía realizar las muchas obras buenas que había hecho durante toda su vida. Un visitante le preguntó si se sentía inútil. Ella sonrió con serenidad y respondió:

—Antes hacía muchas cosas para Dios. Ahora simplemente me siento con Él, y parece que eso le basta.

En esa sencilla respuesta había descubierto el corazón mismo del Evangelio.

Por eso, hoy se nos invita a llevar en el corazón esta verdad sencilla y llena de vida: alégrense no por lo que hacen, sino por Aquel que los sostiene. Y en esa alegría, como niños, aprendamos a contemplar lo que los profetas anhelaron ver y a descansar en el amor que nunca pasa.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que al presentar estos dones sobre el altar, ofrezcamos no sólo el trabajo de nuestras manos, sino también corazones humildes y confiados, de modo que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor y Dios nuestro,
recibe estas ofrendas que presentamos ante ti
con corazones agradecidos y sencillos como los de los
niños, y enséñanos a no buscar nuestra propia gloria,
sino la alegría que nace de pertenecerte.
Que este sacrificio profundice nuestra comunión con
Cristo, quien revela tu amor a los humildes y sencillos.
Por Jesucristo, nuestro Señor. **Amén.**

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y
salvación darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque, en tu amorosa sabiduría, revelas los misterios de
tu Reino no a los orgullosos ni a quienes confían sólo en sí
mismos, sino a los corazones humildes que ponen en ti su
confianza.

Por medio de tu Hijo, Jesucristo, nos enseñas que la
alegría más profunda de la vida no se encuentra en el
poder ni en los logros, sino en saber que te pertenecemos
y que nuestros nombres están escritos en el cielo.

Incluso en los momentos de debilidad e incertidumbre,
tú sigues siendo nuestra paz y nuestra fortaleza,
llamándonos, como a Job, a pasar del cuestionamiento al
encuentro, del miedo a la confianza, del esfuerzo inquieto
al gozo sereno de tu presencia.

Por eso, con los Ángeles y los Santos,
con corazones agradecidos y fe sencilla,
proclamamos tu gloria cantando:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con la confianza de los hijos que saben que son amados y sostenidos siempre por el Padre:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y líbranos también de la tentación de buscar nuestro valor únicamente en el éxito o en los logros.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, alegrándonos siempre en tu amor fiel,
vivamos con corazones humildes y confiados,
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú enseñaste a tus discípulos a encontrar su alegría no en el poder sobre los demás, sino en la certeza de pertenecer al Padre.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu voluntad,

concédele la paz y la unidad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. **Amén.**

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que nos llama no sólo a servirle, sino a pertenecerle para siempre.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, con frecuencia medimos nuestra vida por lo que logramos, por lo que los demás ven o elogian.

Pero hoy nos recuerdas que la verdad más profunda es más sencilla y más grande: somos tuyos.

Enséñanos a descansar en ese amor.

Cuando tengamos éxito, manténnos humildes.

Cuando fracasemos, manténnos confiados.

Y cuando las palabras y las fuerzas nos falten,
que todavía podamos encontrar alegría
en simplemente estar contigo.

Porque nuestros nombres no están escritos
en el polvo de este mundo, sino en tu corazón eterno.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Renovados por estos santos misterios,
te damos gracias, Señor,
porque nos recuerdas que nuestra verdadera alegría
no se encuentra en los logros pasajeros,
sino en tu amor que permanece para siempre.
Haz que, fortalecidos con este alimento celestial,
vivamos con corazones humildes y confiados
y permanezcamos siempre fieles a la Gracia de ser tus
hijos amados. Por Jesucristo, nuestro Señor. **Amén.**

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor les enseñe a alegrarse no sólo por lo que
hacen, sino por el amor con que los sostiene.
Que les conceda la humildad de los pequeños,
la paz de los corazones que confían en Él
y la alegría de saber que sus nombres están escritos en el
cielo. Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre ✠, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, alegrándose no sólo por sus obras, sino
por el amor fiel de Dios, que siempre los sostiene.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Los logros pueden desaparecer, pero la alegría de
pertenecer a Dios permanece para siempre.”